

ACTORES SOCIALES Y TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA

Esta sección presenta bajo la forma de artículos los resultados de una investigación llamada "El trasfondo social de las pugnas por la democracia: cambios estructurales, movimientos sociales y democratización", realizada en forma conjunta por equipos de trabajo del Instituto de Sociología de la Universidad de Hannover, dirigido por el profesor Klaus Meschkat; del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, ILET-MEXICO, dirigido por el profesor Víctor Manuel Durand Ponte; del Instituto LABOR de Sao Paulo, Brasil, dirigido por Edson Nunes; y de SUR Profesionales Consultores. Los estudios que se presentan resumen la investigación realizada en Chile por Alvaro Díaz (quien examina los cambios en la estructura social y su impacto sobre el proceso de formación de actores sociales), Vicente Espinoza (quien ha ofrecido una interpretación general sobre el estado del movimiento urbano-popular), Jorge Rojas y Lylian Mires (quienes han hecho lo propio para los casos del movimiento sindical y de mujeres, respectivamente) y Eduardo Valenzuela (que presenta una reflexión general sobre la relación entre actores sociales y sistema político). La responsabilidad de los estudios pertenece exclusivamente a sus autores. Sin perjuicio de ello, el equipo chileno agradece sinceramente el apoyo y orientación que brindaron los profesores Klaus Meschkat y Jorge Rojas, de la Universidad de Hannover, para la realización de esta investigación, así como de aquel que prestaron los titulares del equipo mexicano, Javier Farrera, Jean François Prud'homme, Esperanza Tuñón y su coordinador Víctor Manuel Durand Ponte, y por Edson Nunes del equipo brasileño. Este reconocimiento debe extenderse a la Fundación VOLKSWAGEN, que patrocinó este proyecto.

ESTRUCTURAS Y MOVIMIENTOS SOCIALES

La experiencia chilena entre 1983-93

Álvaro Díaz

SUR Profesionales Consultores

DE MOVIMIENTOS A ACTORES SOCIALES: LAS INTERROGANTES

El estudio del comportamiento de los movimientos y actores sociales durante la década 1983-93 deja grandes interrogantes que no han sido enteramente explicadas. El contraste entre 1983 y 1993 es notable. Hace una década, las jornadas de protesta y los movimientos sociales que germinaron con ellas marcaron un clivaje en la historia política chilena. En 1983, éstas aparecieron súbitamente, como rayos en cielo despejado, porque en la década precedente la oposición al régimen militar era débil y difusa. Sin embargo, y al contrario de lo que se esperaba en aquel entonces, las protestas y los movimientos sociales que se constituyeron con ellas no siguieron creciendo, sino que comenzaron a vivir una rápida declinación después de 1986, transformándose y a la vez diluyéndose en un vasto movimiento cívico orientado por partidos políticos, que triunfó en 1988 en el plebiscito del NO. Cinco años después, pesan otros actores y organizaciones sociales cuya génesis no tiene solución de continuidad con lo ocurrido hace una década. Por ahora no han reaparecido movimientos sociales, pero existe un vasto proceso de constitución de nuevos actores sociales que, a diferencia del pasado, son intrasistémicos y tienen — hasta ahora— un bajo grado de conflictividad social, sorprendiendo así los vaticinios esperanzados o catastrofistas de la mayoría de los observadores.

Este proceso ha sido bastante sorprendente. ¿Qué explica que en el contexto de una transición democrática y una economía en expansión que arrastra grandes desigualdades y demandas sociales insatisfechas, no estallasen grandes conflictos sociales, sino que surgiera una paz social relativa que contrasta con las experiencias de Brasil, Argentina y Uruguay? Más aún, ¿qué explica que después de 1988 no perdurara en la sociedad el imaginario libertario y antisistémico de 1983-86, sino que fuese literalmente arrasado por una ola de conservadurismo cultural y realismo político, que transformó la acción de las élites políticas y sociales en el pragmático "arte de lo posible", comprimiendo, *al menos durante varios años*, la capacidad de formular proyectos movilizadores de nuevo tipo? Insistiendo en este tema, ¿por qué no surgieron los "nuevos movimientos sociales" que deberían sustituir a los supuestamente "viejos", resurgiendo en cambio el movimiento sindical, que opera como actor social intrasistémico, pero dispone de un potencial cuyas proporciones eran insospechadas incluso hace veinte años atrás?

El estallido y la declinación de la acción social han sido tema central de historiadores y sociólogos que en este siglo trataron de explicar insurrecciones como las de 1905 y 1917 en Rusia, o las movilizaciones obreras y populares en la Argentina y en el Chile de los sesenta. No cabe duda de que es trabajoso y a la vez hermoso explicar la génesis del auge súbito y declinación acelerada de grandes acciones sociales, ejercida por torrentes sociales de envergadura que, después de dar todo lo que podían de sí mismos, se

diluyen rápidamente dejando todo un legado de símbolos heroicos, míticos, esperanzadores y a la vez amenazadores, según el enfoque que se adopte. En efecto, las grandes huelgas, insurrecciones, protestas, suelen dejar una profunda huella en el imaginario social y en algunas pocas oportunidades llegan incluso a sentar las bases de una nueva cultura política emergente, tal como ocurrió con la entrada en escena de los movimientos obreros europeos a principios de este siglo. Pero el caso chileno entre 1983-86 es diferente. A pesar de su trascendencia política, las jornadas de protesta no consolidaron una fuerza simbólica suficiente como para asentarse en el imaginario popular y juvenil. En efecto, los actores sociales emergentes después de 1988 no encuentran sus referencias en 1983 ni 1985, ni tampoco en 1970-73, sino en el pasado democrático anterior a 1970. Tampoco desarrollan un discurso típicamente clasista, sino otro menos definido que busca su espacio, que suele recurrir al lenguaje y formas de expresión que extendidamente usan las nuevas élites políticas.

Se han arrojado muchas luces —y también sombras— sobre las causas y mecanismos por los cuales se masificaron las jornadas de protesta. Descifrar cómo centenares de miles de chilenos perdieron el miedo es una tarea difícil, porque se trata de un proceso complejo y singular, no reductible a leyes precisas sino a procesos aleatorios, donde la sociología colinda con la psicología social. Pero más difícil y polémico aún es explicar la declinación de los movimientos sociales entre 1985-88 y su transmutación en el movimiento ciudadano por el NO.

Los enfoques pueden agruparse según destaquen causas *endógenas* o *exógenas*. En el primer caso, se pone énfasis en la pérdida de eficiencia de las jornadas de protesta en cuanto a su capacidad de movilizar masas y opinión pública, o en su capacidad de provocar cambios políticos visibles que finalmente conllevaran al derrocamiento de la dictadura. También se destaca las raíces sociales de los protagonistas de estas movilizaciones sociales (jóvenes y pobladores), que no pudieron consolidar organizaciones sociales estables capaces de unificar y representar sus demandas, canalizando su participación. En el segundo caso, es decir en aquellos enfoques que destacan causas exógenas, se subraya la derrota de los brazos armados de la izquierda insurreccional, que se aceleró después de 1986 y se profundizó ideológica y culturalmente con la caída del muro de Berlín y el derrumbe de la URSS. En un mismo plano se señala la renovación de un vasto segmento de la izquierda que revalorizó el camino de las reformas, alejándose de una senda insurreccional y optando por la única salida viable y no rupturista a la crisis: el plebiscito. Esto fue parte de un proceso más vasto que culminó en la creación de un amplio frente político —la Concertación Democrática—, que unificó por primera vez en décadas el centro y la izquierda. Uno de los rasgos de este proceso fue la recomposición del sistema de partidos y su autonomización de la sociedad civil.

El sentido común indica que la declinación de las jornadas de protesta y de los movimientos sociales que expresaban, fue el resultado de una combinación de factores llamados exógenos (que afectaron a las élites) y endógenos (que afectaron al movimiento de masas), que en la historia concreta de la década 1983-93 se entremezclan en determinaciones mutuas. Pero nótese que las causas citadas están referidas a las esferas de la acción política y la acción social. ¿Qué impacto tuvieron los cambios estructurales ocurridos en la estructura social y económica, sobre la acción social y los movimientos sociales? Es sabido que estos cambios fueron rápidos y profundos. No sólo enriquecieron a unos y empobrecieron a muchos, sino que cambiaron las condiciones de existencia social de la inmensa mayoría de los chilenos. Incluso desaparecieron categorías sociales enteras, tales como latifundistas e inquilinos, apareciendo otras nuevas que ya despuntaban en décadas anteriores. Dejemos de lado las

explicaciones emparentadas con una pobre versión del pos-modernismo, que van desde la enumeración de supuestas megatendencias hasta el fin de las ideologías y las utopías. Sin negar que Chile está transitando rápidamente a una sociedad de masas, esto no significa aceptar que los movimientos y actores sociales terminaron, quedando sólo la nostalgia y la tarea de arqueología social. Aceptemos la mirada más amplia y por ello más sabia del historiador: los movimientos sociales no son fenómenos sociales continuos, y pocas veces en la historia alcanzan la estatura que tuvieron entre 1968-73 o 1983-86. Lo que nuestra generación conoce es una parte de un excepcional período refundacional de la historia de Chile que abarcó un cuarto de siglo (1964-90), y que se caracterizó por una lucha política y social, dirigida por élites portadoras de proyectos radicales de transformación del país. El triunfador de esas batallas sociales es conocido. Pero las transformaciones resultantes son una suma acumulada y compleja, que sólo recientemente comienza a mostrar su mosaico completo. Los movimientos y actores sociales que surgieron y se opacaron pertenecen a esa época, que en lo esencial parece haber terminado.

El interés de este breve ensayo se concentra en las transformaciones en la estructura social y su impacto en los movimientos sociales. La tesis central es que estas transformaciones impactaron profundamente en las condiciones de vida, en las relaciones sociales y en las expectativas de millones de chilenos. Y ello ciertamente afectó la dinámica de los movimientos sociales.

ESTRUCTURAS Y MOVIMIENTOS SOCIALES: UNA EXPLICACIÓN

Entre 1973-93 se acumularon profundos cambios en la estructura social de las clases medias y populares, determinados principalmente por el pasaje desde un modelo de economía protegida y orientada al mercado interno que había entrado en crisis (ISI), a otro modelo de economía abierta y orientada al mercado externo (IDE) que actualmente vive una fase expansiva. La transición entre estos dos modelos duró casi veinte años y estuvo marcada por grandes reformas neoliberales, dos recesiones (1975-76 y 1981-83) y más de una década de ajustes estructurales, en el contexto de un Estado Autoritario surgido de un golpe militar.

Estos veinte años pueden subdividirse en dos décadas. La primera de ellas (1972-82) se caracterizó por la *desarticulación de la vieja estructura social* y se manifestó en crecimiento vertiginoso del desempleo, la des-salarización, el aumento del empleo informal urbano, la terciarización espuria del empleo y el aumento de la pobreza. La segunda década (1983-93) se caracterizó por la *articulación de nueva estructura social* y se manifestó en la rápida caída del desempleo, la nueva asalarización, la disminución relativa del empleo informal, la reducción del empleo terciario espurio y el desarrollo de un nuevo empleo terciario, así como la reducción de la pobreza (1988-1992). Los cambios ya han sido descritos extensamente y se sintetizan en el cuadro siguiente, que considera el período 1972-92:

DESESTRUCTURACIÓN/REESTRUCTURACIÓN SOCIAL EN CHILE 1976-1992

Transformaciones en la estructura ocupacional (como % PEA)	Desestructuración		Estructuración
	1972	1982	1992
Desempleo	4.3%	19.6%	4.4%
Asalarización	60.2%	39.2	60.4%
Terciarización	50.9%	61.8%	51.5%
Informalización	22.9%	22.7%	25.1%
Empleo de emergencia	0.0%	11.0%	0.0%
Empleo público	12.0%	8.0%	6.0%

Fuente: A. Díaz, "Nuevas tendencias en la estructura social chilena. Asalarización informal y pobreza en los ochenta", *Proposiciones* 20 (1991).

El cuadro sintetiza los "peaks" relevantes de lo ocurrido entre 1972-82 y tiene un propósito limitado. No pretende apreciar las enormes diferencias entre la estructura social de 1972 y 1992, más allá de consignar las enormes diferencias en la importancia del empleo público. La importancia de este cuadro se manifiesta cuando se compara 1982-92. En efecto, en 1982, al menos uno de cada dos chilenos pertenecientes a la PEA eran desempleados, adscritos a programas de empleo de emergencia o del sector informal. Diez años después, esta proporción se había reducido drásticamente: sólo tres de cada diez chilenos estaban en esta condición. En otras palabras, entre 1982-92 la fuerza de trabajo creció desde 3.8 a 4.8 millones de personas, pero las personas que se ubicaban en la condición antes descrita se habían reducido de 2.0 a 1.5 millones.

Se trató de dos fases *sucesivas* de desarticulación y nueva articulación social, paralelas a la destrucción y creación de fuerzas productivas, y que para un período de veinte años se sintetizan en una gran *reestructuración social* que culminó entre 1990-93. Es tentador describir este proceso como manifestación de una ley histórica análoga a los ciclos de larga duración de Kondratiev. No es para menos. La historia chilena está repleta de transformaciones económicas similares, devastadoras e innovadoras, que con sorprendente regularidad han desgarrado el país. Existe un antecedente en el siglo XX: se trata del período 1920-40, que cubre desde la crisis del salitre y la dictadura de Ibáñez del Campo hasta el Frente Popular y el inicio de la llamada industrialización sustitutiva de importaciones. También se trata de un ciclo de desarticulación y rearticulación social, que se manifestó principalmente en los centros mineros y urbanos, mientras que el campo pareció congelar su estructura social hasta los inicios de la Reforma Agraria. En contraste con el anterior, el período 1972-92 se diferencia no sólo porque su direccionalidad es otra, sino porque su impacto social fue más violento y rápido, más intenso y difundido. Casi no hubo espacios ni territorios sociales congelados. Los compromisos que sostenían la vieja estructura social fueron rotos y hechos trizas a lo largo y ancho de todo el país.

Pero la analogía con los ciclos Kondratiev u otros ciclos de regularidad histórica, termina aquí. Son demasiadas las dudas teóricas y metodológicas que suscitan un abordaje de "onda larga". Lo ocurrido en Chile no es simple reflejo de cambios exógenos a la economía nacional, ni tampoco de "leyes" económicas inmanentes o teleológicas. No es posible describir el período 1972-92 o, si se quiere 1962-92, sin considerar el rol del Estado en el contexto de las luchas políticas y sociales que se libraron

entre los sesenta y los ochenta. La presencia de tres gobiernos sucesivos que tuvieron programas de transformaciones radicales y opuestas entre sí, es de fundamental importancia para comprender este período. El golpe de Estado de 1973 y la reorientación neoliberal que tuvieron procesos tales como la Reforma Agraria, permitieron al Estado autoritario modificar el territorio, la estructura y las instituciones económicas básicas del país.

¿Que relación tuvieron estos cambios estructurales con los cambios en la acción social? La tesis de este ensayo es que la historia de los movimientos y actores sociales entre 1972-92 encuentran su explicación *inicial* en las causas endógenas (las masas) y exógenas (las élites) antes descrita, que se combinaron de manera variable a lo largo de este período. Sin embargo, las transformaciones estructurales *consolidaron* lo que comenzó como un proceso radical en la esfera política. Recordando viejas terminologías, podría hablarse de una "sobredeterminación de lo político sobre lo económico", pero lo cierto es que los cambios políticos no podrían haber tenido el efecto social que tuvieron, de no haber mediado cambios profundos en la propia estructura social.

A manera de ejemplo, la historia de la resistencia a la dictadura habría sido muy diferente si la masa y concentración del empleo industrial de los años sesenta hubiese perdurado. Pero no ocurrió así. La reducción drástica del empleo industrial entre 1975-80 indica que la derrota del movimiento obrero no fue causada sólo por obra la represión, sino que fue más profunda: las reformas neoliberales y los ajustes estructurales destruyeron las bases sociales que alimentaban el poder de los sindicatos y los grandes partidos de izquierda de los sesenta. De igual forma, la historia de las jornadas de protesta habría sido diferente si la crisis económica hubiese perdurado, reproduciendo el desempleo y la informalidad, es decir, reproduciendo los sujetos sociales que fueron sus protagonistas. Pero tampoco ocurrió así. La recuperación y la expansión económica fueron cambiando la estructura social, y de paso fueron diluyendo las bases sociales y culturales que fundamentaron las grandes movilizaciones entre 1983-86.

En esta línea de argumentación, una forma de interpretar lo ocurrido entre 1973-93 es leyéndolo como una *secuencia superpuesta de tres ciclos de estructuración social*, cuya descripción se hace a continuación:

Primer Ciclo: la declinación de la estructura social relacionada con la industrialización sustitutiva de importaciones (ISI) y el Estado de compromiso.

La estructura social que surgió con el modelo de industrialización sustitutiva de importaciones y con el Estado de compromiso, tuvo un ciclo que duró aproximadamente medio siglo (desde los años treinta hasta principios de los ochenta).

La *fase expansiva* culminó a principios de los setenta. Sus rasgos más relevantes fueron una urbanización acelerada y concentrada en la región metropolitana, asalarización creciente de la fuerza de trabajo, expansión de la ocupación industrial y el empleo público. La heterogeneidad estructural era grande. Pero fue en este período que se consolidó una masa importante de grandes empresas privadas y públicas con alto volumen de empleo, con un núcleo de trabajadores —predominantemente hombres— que tenían empleo relativamente estable, contratos colectivos, influencia en la organización del trabajo de la empresa y una presencia significativa de partidos políticos.

La *fase declinante* se inició después del golpe militar de 1973 y se aceleró después 1975, completándose con la crisis 1982-83. El proceso fue rápido, por la drástica apertura externa, el estancamiento del tipo de cambio real, dos crisis recesivas (1975-76, 1982-83) y la desregulación de los mercados de trabajo. En este contexto, las empresas emprendieron racionalizaciones rigurosas que generaron fuerte desempleo, pero que también reconquistaron el control sobre los procesos de trabajo y flexibilizando fuertemente el uso de la mano de obra. A ello se agregó las privatizaciones que, en sucesivas oleadas, permitieron privatizar y racionalizar empresas estatales, lo que hizo disminuir la importancia del empleo público.

Segundo Ciclo: el auge y declinación de las estructuras sociales relacionadas con las reformas neoliberales.

El cuadro anterior indica que, en 1982, más de la mitad de la fuerza de trabajo (53.3 por ciento de la PEA) estaba desempleada, en empleos de emergencia (PEM-POJH) o en el sector informal. Grandes masas de jóvenes y desempleados se concentraron en las poblaciones, generándose dos procesos simultáneos y entrelazados: uno de *anomia* social en el sentido de Durkheim, y otro de *nuevas solidaridades y referencias* sociales de tipo territorial (la población, el barrio, la calle), que fueron impulsados por la Iglesia, las ONG y los partidos políticos. Sin recurrir a ambas categorías explicativas es imposible entender el súbito despliegue de las jornadas de protesta en 1983 y los complejos fenómenos sociales subyacentes.

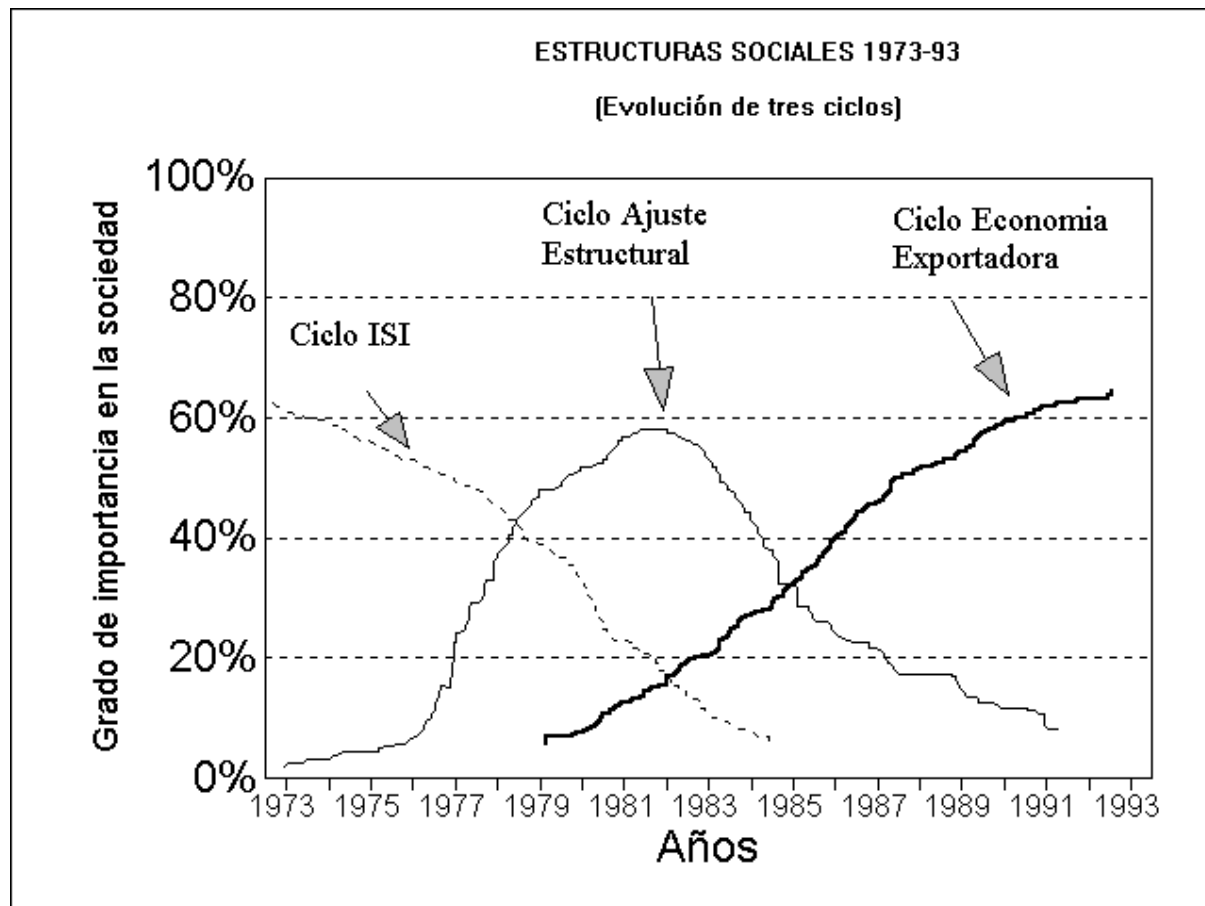
La *expansión* de esta estructura social ocurrió entre 1973-83, pero el *retroceso* comenzó a ocurrir desde 1984. Casi diez años después de la crisis de 1983, la proporción de trabajadores en condición de desempleo o que eran parte del sector informal había caído a 29,5 por ciento. Entre 1983-93, más de un millón de trabajadores encontró trabajo, lo que generó un proceso de *disolución* de las estructuras sociales creadas durante la fase 1973-83.

Tercer ciclo: el auge de nuevas estructuras sociales relacionadas con la expansión de la economía exportadora y abierta.

En el período 1983-93 ocurrieron fenómenos inversos al observado en la década precedente. Re-asalarización, disminución del empleo informal, desterciarización del empleo e incluso reducción de la pobreza absoluta, son nuevos procesos que reflejan el surgimiento de una nueva estructura social, muy diferente a la que maduró con la industrialización sustitutiva de importaciones y el Estado de compromiso. Destaca el crecimiento del empleo industrial, que desde menos de 350 mil en 1982 creció hasta casi 840 mil en 1993.

Chile se encuentra en una fase de expansión de esta estructura social, donde los nuevos cambios que ocurrirán en la década de los noventa serán acompañados por mayores grados de organización de la sociedad civil, pero con una forma completamente diferente a las formas de organización que emergieron en los años 1973-83. Tanto la anomia como las solidaridades creadas en el ciclo precedente (ajuste estructural neoliberal) han ido opacándose rápidamente, siendo sustituidas por nuevas formas de anomia y nuevas formas de creación de solidaridades, esta vez más centradas en los lugares de trabajo y no en el territorio. Por ejemplo, entre 1982-92, el número de sindicatos creció desde 4.048 hasta

10.725 y el número de afiliados desde 347 mil hasta 723 mil. Se verifica un proceso de constitución de identidades colectivas, pero tampoco debe desestimarse los nuevos procesos de pérdidas de valores, referencias e identidades.



Estos tres ciclos de estructuras sociales están superpuestos, pero lo notable de la experiencia chilena es que cada uno fue predominante en fases históricas definidas, con bajo grado de coexistencia. Ellos se reflejan intuitivamente en la ilustración siguiente. El *ciclo 1* está vinculado con la llamada industrialización sustitutiva de importaciones y se expresó principalmente en un progresivo desarrollo de las clases trabajadoras urbanas, especialmente concentradas en la industria y el empleo público. Fue un ciclo prolongado que tuvo sus comienzos en la década de los treinta y que maduró aceleradamente en los años sesenta. Su fase declinante comienza en 1973, se acelera después de 1975 y se agota con la crisis de 1981-83. El *ciclo 2*, aquí llamado "ciclo de la marginalidad", tiene sus orígenes en la década de los cincuenta, pero se acelera después del primer ajuste estructural (1975) y alcanza su apogeo con la crisis 1981-83, para luego declinar rápidamente, especialmente después de 1985. El *ciclo 3*, que en el gráfico se denomina "nuevas clases trabajadoras", tuvo una maduración inusitadamente rápida, la que está correlacionada con el fuerte ritmo de la recuperación y luego expansión (pos 1988) de la economía chilena.

Los actores y movimientos sociales vivieron entonces tres situaciones estructurales diferentes. La primera fue la desarticulación de lo construido durante cuatro décadas hasta 1973. La segunda fue la emergencia de la base social de los movimientos sociales relacionados con las jornadas de protesta entre 1983-86. Como se sabe, éstas no tuvieron como actores principales a trabajadores —como en el Brasil de 1979— sino a pobladores y jóvenes cesantes, que expresaban una estructura social que resultó efímera, y no permanente como inicialmente se pensó. La tercera situación comenzó después de 1986. Junto al ocaso de las jornadas de protesta y su conversión en un movimiento civil dirigido por una coalición de partidos democráticos, se inició un lento pero sostenido auge de organizaciones sociales, tales como sindicatos y juntas de vecinos. Estas no sólo expresaban las nuevas posibilidades que se abrían lentamente, sino la constitución de una nueva estructura social, más orgánica que la inmediatamente precedente, pero inestable debido al elevado grado de apertura de la economía chilena.

No está demás reiterar la tesis central de esta sección. Los cambios en la estructura social no fueron la *causa inicial* del retroceso y dispersión de los movimientos sociales del período 1968-73 o del período 1982-86. Como se afirmó anteriormente, las causas se encuentran en la esfera del sistema político y del Estado. ¿Qué efecto tuvieron entonces estos cambios estructurales? Básicamente, reforzar y consolidar lo que se inició en la esfera política, proceso que es particularmente relevante para el período 1983-93. En ese período, un millón de chilenos cambió de situación ocupacional, dejando el desempleo, la informalidad o el empleo de emergencia. Otros dos millones elevaron el tiempo efectivamente trabajado. A muchos, este proceso no los sacó de la pobreza, pero la mayoría de ellos se convirtieron en asalariados, —precarios, informalmente contratados y subempleados—, pero asalariados al fin de cuentas. Sus vidas dejaron de transcurrir exclusivamente en poblaciones, y enfrentaron la experiencia de la empresa y la fábrica, del transporte y de los viajes a casas comerciales. Millones de chilenos comenzaron a vivir nuevas relaciones sociales, nuevos procesos de construcción de identidad colectiva, mientras que los antiguos espacios de encuentro se diluían y se dispersaban.

Es materia de otros artículos analizar el proceso de conformación de nuevos actores y movimientos, cuyos caminos son por ahora predominantemente silenciosos y subterráneos. Pero ni las lecturas nostálgicas ni posmodernistas servirán para comprender los hilos del futuro que comienza a aparecer. Lo que está claro es que las transformaciones de la estructura social diluyeron implacablemente las bases de las jornadas de protesta. Pero también es evidente que los fundamentos de una nueva estructura social ya fueron construidos. Nuevos actores y nuevos movimientos sociales están apareciendo. Su novedad es que hacen trizas las predicciones, lo que supuestamente sería "nuevo". Hay que volver a hacer teoría para reinterpretar los nuevos senderos por los que marcha nuestra sociedad.